

## INTRODUCCIÓN

**R**usia fascina. Rusia atrae irresistiblemente, sea para elogiarla o despedazarla como tema de conversación. Rusia asombra, tanto en la acepción de “asustar” como en la de “causar gran admiración”, según registra el Diccionario de la Real Academia Española. Se puede hablar bien o mal de Rusia, pero es difícil ignorarla: en los periódicos, en los Juegos Olímpicos, en las clases de relaciones internacionales, en cualquier librería, en las noticias de todos los días, en los globos terráqueos y en las tiendas de música. Rusia ocupa más de una octava parte de la masa continental planetaria y originalmente una sexta en tiempos del Imperio ruso y más tarde de la Unión Soviética (URSS). Como suelen decir los vendedores de mapas en el metro de San Petersburgo —no sin razón—, no hay mundo sin Rusia: *eto ne byváiet* (“eso no pasa”). Y no porque le robe el oxígeno a los demás países en el mapamundi con su tamaño, sino porque su mera presencia, menos en términos cartográficos que históricos, ha contribuido de manera fundamental a producir el orbe como lo conocemos hoy en día.

Casi nadie se lo plantea muy a menudo, pero sin la genialidad de científicos como Mijaíl Lomonósov, Borís Iúriev o Ígor Sikorski, nacidos en el Imperio ruso, difícilmente habría helicópteros modernos. La lámpara eléctrica podría haber llegado en algún momento, pero Aleksandr Lodygin se adelantó al fabricarla en 1872. La televisión que vemos todos los días no existiría sin el aporte de Borís Rozing, Lev Termén o Vladímir Zvorykin, quienes contribuyeron a la creación del iconoscopio. Pável Schilling, otro oriundo del Imperio ruso, fabricó el primer telégrafo eléctrico en 1832. Franz San Galli, empresario ruso, inventó el radiador o calentador que sustituyó a otra invención rusa más rústica, el samovar. El químico Dmitri Mendeléiev concibió en 1869 la tabla periódica de los elementos que se enseña en cualquier secundaria, mientras que el fisiólogo Iván Pávlov —primer premio Nobel ruso, en 1904— demostró la existencia del reflejo condicionado en los perros e

innovó en la psicología conductista. Los rusos, por extraño que parezca, descubrieron la Antártida (1820). Además, lanzaron el primer avión comercial (1913), legalizaron por primera vez el aborto (1920), crearon el corazón artificial (1937), pusieron el primer satélite en órbita (1957), enviaron al primer hombre al espacio (1961) y construyeron el primer módulo de descenso espacial (1966). A lo largo de más de un milenio también fabricaron inventos bastante útiles para la humanidad, como el vodka, la balalaika, el bayán (acordeón ruso), el rifle Kaláshnikov (AK-47), la *matrioshka* o el *tetris*. Eso sin haber mencionado siquiera las aportaciones artísticas y culturales.

Ésa es la primera idea en la que se sustenta la escritura de este libro: Rusia *importa*. Aunque en la década de 1990 el interés por ella menguó y las cátedras y programas universitarios que la estudiaban se redujeron —cuando no desaparecieron—, Rusia seguía siendo el país con más armas nucleares, el quinto con mayor personal militar y el más extenso del planeta. En la primera década del siglo XXI Rusia se convirtió en el único Estado que, simultáneamente, era miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), miembro del G20, del G8, de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), de la Organización de Cooperación de Shanghai y de la asociación de economías emergentes BRICS. La lengua rusa es uno de los seis idiomas oficiales de la ONU y la séptima más hablada en el mundo. Esta presencia innegable de Rusia, aunque acentuada en los últimos cien años, en realidad ha acompañado al planeta desde hace siglos. Aunque el XX fue el “siglo ruso”, desde un milenio atrás el primer Estado ruso, el *Rus* de Kiev, era ya el más grande de Europa, tanto que ponía en serios aprietos al Imperio bizantino, del que terminó siendo heredero espiritual hacia el siglo XVI. En ese entonces ya era una masa de tierra interminable, indescifrable para algunos, que estaba ahí sin que Europa occidental, ni mucho menos el resto del mundo, entendiera muy bien qué era aquéllo. Esa incompreensión sobre Rusia —que por desgracia ha retornado en nuestros días con renovadas fuerzas— es una de las constantes de este texto.

Una segunda idea que funge como hilo conductor de este volumen es que no hay una sola Rusia. Al escribir la historia de Rusia, se escribe una historia de “todas las Rusias” (*vseia Rusi*). Esa frase entrecomillada está presente en la coronación de Iván IV como zar en 1547, pero también en el adjetivo *vserossiiskaia* (“de toda Rusia” o “panruso”) en el

nombre original del Partido Comunista ruso, e incluso en el título rimbombante de su rival, el almirante Aleksandr Kolchak, autodenominado “Líder Supremo de Todas las Rusias” durante la Guerra Civil. La necesidad de afirmar una institución (la Corona, el Partido, la Academia de Ciencias) como propia “de todas las Rusias” implica inexorablemente la existencia de más de una Rusia. En tiempos imperiales había tres claramente identificables: la Gran Rusia, la Pequeña Rusia (Ucrania) y la Rusia Blanca (Bielorrusia), que conservó su nombre. Hoy por hoy se utiliza el término *Novorossiya*, “Nueva Rusia”, para referirse al sudeste ucraniano rusoparlante. Pero ¿qué es lo ruso? ¿Dónde comienza y termina Rusia? No hay respuesta. Ni siquiera puede decirse si Crimea es “rusa” o “ucraniana” —o “tártara”, para complicarse más—.

Amén de adjetivos y términos, importa entender que lo que históricamente se ha conocido como “Rusia” es una amalgama de pueblos, etnias, creencias y costumbres muy distintos entre sí. Sus fronteras se han transformado tanto como su demografía: en algún momento Rusia colindó con Alemania y Rumanía en el oeste y con Canadá británica en el este —incluso con el naciente México independiente en el actual Fort Ross, California—. Hoy Finlandia o Alaska ya no son territorio ruso (ni desean serlo), pero el líder del Partido Liberal Democrático de Rusia, Vladímir Zhirinovski, ha reclamado la reincorporación de estos y otros territorios al país. Zhirinovski podrá ser excéntrico y parlanchín, pero la idea de esa “Gran Rusia” ampliada subyace en muchos sectores de la sociedad rusa en la actualidad. Rusia es, pues, al tiempo que una delimitación política y geográfica más o menos identificable, una *idea*. Al escribir una *Historia mínima de Rusia*, es necesario integrar en una sola narrativa elementos que poco tienen que ver con la Rusia de hoy: un puñado de griegos que tenían una colonia en el mar Negro hace más de dos milenios, una tribu indígena de las Montañas Rocallosas cerca de la actual capital de Alaska o un grupo de vikingos que decidió emprender la marcha a través de ríos y lagos congelados en busca de mejores tierras. Estos elementos sólo cobran relevancia en conjunto para contribuir a definir qué constituye “lo ruso”, pero también qué se debe dejar fuera. La historia de lo que comúnmente se llama *Rusia* no es más que el conjunto de pensamientos, decisiones y acciones de personas innumerables, una polifonía que no cabe en trescientas páginas.

## HISTORIA MÍNIMA DE RUSIA

En la actualidad hay una diferencia importante entre dos adjetivos que se traducen como “ruso”: *russkii*, que implica sobre todo la etnia rusa, y *rossiiskii/rossianin*, para referirse a la ciudadanía rusa, lo cual no significa que uno pertenezca a lo primero. La diferencia importa para dejar claro que no puede escribirse una historia de Rusia, aunque mínima, sin que sea también la de otros pueblos y Estados, hoy conocidos con los nombres de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kirguistán e incluso Mongolia y Alaska. Ésta es, por ende, una historia mínima de eslavos, tártaros, ugrofineses; de pueblos indoeuropeos, escandinavos e iraníes que pasaron por Rusia y de poblaciones indígenas siberianas. Es una historia mínima de ríos, lagos, bosques, mares y nieve; de príncipes, kanes, zares, revolucionarios y líderes partidistas; de cultura, religión, literatura, arquitectura, música, pintura y teatro, pero también de hambrunas, sequías, guerras, represiones, deportaciones y muertes por millones. En pocas palabras, es la historia mínima de un subcontinente más, al que no se le ha prestado la debida atención como tal: el subcontinente panruso o eurasiático.

La primera idea arrojada al principio de esta introducción responde a la pregunta de *por qué* estudiar Rusia. La segunda responde a *quién* (o *quiénes*) es Rusia. Ambas están relacionadas con una tercera que se irá definiendo a lo largo del escrito, sin duda la más difícil de responder: *qué* es Rusia, entendiendo por ello qué la hace tan singular. ¿Por qué produce debates ardientes y reacciones energéticas? ¿Por qué origina una disyuntiva a favor o en contra? ¿Por qué se ha tergiversado su historia como la de pocos países en el mundo? Esta *Historia mínima de Rusia* intenta presentar una posible respuesta a partir del pasado ruso hasta nuestros días. Cabe distinguir que esta pregunta es muy diferente de *qué debe ser* Rusia, algo que aquí no se pretende responder, ni mucho menos tomar posición a favor o en contra en debates maniqueos sobre uno de los Estados que más han politizado las sobremesas en los últimos cien años. Desde luego, ese problema ha hecho de la escritura de este libro una tarea por demás delicada. La historia de Rusia es sin duda controvertida; no deja de ser tema sensible, sobre todo desde la politización que trajo consigo la Revolución bolchevique a partir de octubre de 1917 y la posterior polarización mundial entre 1945 y 1991. La Guerra Fría heredó más de un prejuicio sobre Rusia, los cuales han sido inte-

grados recientemente en explicaciones cómodas y simplistas del pasado, del presente y hasta del futuro rusos, y de comparaciones poco útiles con otros Estados y sus sistemas políticos para justificar posiciones ideológicas subyacentes. Por ello, al final del libro se incorpora un breve ensayo bibliográfico que provea una mínima orientación sobre las fuentes consultadas y las lecturas complementarias.

Pese a toda la presencia e importancia de Rusia en la vida e historia humanas, la famosa frase pronunciada por Winston Churchill en la estación de radio de la BBC el 1 de octubre de 1939 no deja de ser atinada dentro del contexto occidental: “Rusia es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma”. Muy pocos saben que Churchill añadió inmediatamente después a ésta una frase adversativa: “... pero quizá hay una llave (*but perhaps there is a key*)”. Pues bien: este libro pretende ser no una llave maestra, pero probablemente una primera y mínima ganzúa con la que el público de habla hispana puede facilitarse la entrada y aventurarse a “descifrar” el logogrifo ruso. De ser así, este trabajo habrá cumplido su misión.

La *Historia mínima de Rusia* comenzó a escribirse (a escondidas) en julio de 2014 en una computadora de la oficina 305 de la Secretaría de Educación Pública en la Ciudad de México, pero se concibió mucho antes como un proyecto que presenté a mi alma máter, El Colegio de México, y que obtuvo una respuesta por demás positiva de diversas autoridades. Se escribió también durante varias horas en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio, en una oficina de la Secretaría General del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, en la biblioteca de la Universidad Europea de San Petersburgo, en un departamento a las afueras de esta ciudad, en el espléndido café Knigi i Kofe e incluso, por momentos, en la ciudad de Lahti, Finlandia. La guía y la amistad de Fernando Escalante Gonzalbo fueron cruciales para que viera la luz este proyecto, que tampoco podría haberse materializado sin el enorme apoyo y la confianza de Javier Garcíadiego Dantan y la valiosa ayuda de Pablo Yankelevich. Durante mi estancia en la SEP el enorme profesionalismo y la amistad del doctor Fernando Serrano Migallón fueron vitales para los avances en la escritura, cuando no me cargó mucho la mano o cuando me tocaban largas guardias nocturnas y sabatinas, momentos que aproveché para avanzar varios párrafos. Las conversaciones

en México con Jaime Hernández Colorado, César Martínez, Pablo Lozano, Esteban Olhóvich, Daniel Cortés y Ricardo Cárdenas fueron tan estimulantes como las que tuve en Rusia con una cantidad innumerable de personas, entre quienes destacan Hilde Kveseth, Rebecka Foley, Nicholas Trickett, Patrick Osborne, Anatoly Pinsky, Alekséi Miller, Iván Kurilla, James West, Igal Halfin, Aleksandr Panchenko, Olga Manúlkina, Alfrid Bustánov, Alekséi Pikúlik, Vladímir Guelman, Anna Matóchkina y Daria Smáguina. Agradezco también la ayuda y la paciencia de Olga Novikova y Yulia Yeremenko durante mi estancia en la Universidad Europea de San Petersburgo. Tengo que agradecer profundamente a quienes me leyeron e hicieron observaciones puntuales: César Martínez, Serguéi Podbolótov, Luis Fernández Meza, Humberto Garza y Luis Ángel Monroy, así como a la Dirección de Publicaciones de El Colegio y a Gabriela Said por las aclaraciones. Julio Romero diseñó mapas exactos que ayudan a entender a cabalidad reacomodos territoriales y Luz María Muñoz contribuyó al enviarlos desde México hasta San Petersburgo.

Agradezco también a quienes confían en mí sin condiciones y que siempre han estado ahí: Jaime Hernández, Rodrigo Galindo, Marcela Valdivia, Raúl Zambrano, Miguel Berber, Luis E. Madrid, Jorge Zendejas, Mónica Martínez, Pablo Andrade y Cristina Santoyo. Gracias con especial cariño a Fernando Lamadrid y Lilia Ortiz, y en especial a Fernanda por acompañarme siempre en este proceso. Gracias a Eduardo Matos, María Luisa Franco y Marta Brizuela por infundirme la pasión por Rusia. A mi familia en México y a Dmitri, Marina, Daria y, de manera muy especial, a Alyona But por su paciencia, amor y dedicación admirables.

Este libro está dedicado particularmente a la memoria de dos personas que combatieron con honor contra el nazismo en la Gran Guerra Patriótica. El primero es Filipp Iákovlievich Makárov (1916-1973), quien luchó entre octubre de 1941 y febrero de 1942 en el 785.º Regimiento de la 44.ª División de Infantería del frente occidental en el Ejército Rojo y fue herido de por vida. El segundo es Iliá Prokópievich Shitov (1913-1941), perteneciente al 176.º Regimiento de la 46.ª División de Infantería del Segundo Ejército de Choque, quien según las fuentes disponibles “desapareció sin rastro” en la región de Chúdovski, provincia de Nóvgorod, el 25 de diciembre de 1941.

RAINER MARÍA MATOS FRANCO  
Ciudad de México, diciembre de 2016